

llegó una embajada bizantina al campamento de los peregrinos, y les rogó que aplazasen la marcha por algunos meses, hasta san Juan por ejemplo, en cuya época quería Alejo hallarse en Siria á la cabeza de un ejército. Raimundo recibió esta nueva con grande satisfacción, porque esperaba con tal motivo, que las tropas podrían permanecer delante de Irkah y aun de Trípoli, hasta tanto que fuesen conquistados aquellos lugares; pero sus adversarios opinaron que á la sazón era necesario continuar la marcha sin tardanza; porque si se aguardaba hasta san Juan, y se afirmaba el emperador en su intento, sin duda alguna dirigiría inmediatamente sus armas en Siria contra Boemundo. Después de largas disputas partió la decisión, como había sucedido antes, de la masa de los cruzados, especialmente de los provenzales. Las visiones exaltaron los ánimos; el llamamiento á Jerusalén cundió impetuoso por todo el campamento, y de repente se levantaron los ejércitos, incendiaron sus tiendas, y á mediados de mayo se dirigieron en desordenados pelotones hacia el Sur. Raimundo derramaba lágrimas de furor y de cólera; sin embargo, le fué preciso ceder, ya que la mayor parte de los príncipes estaban contentos con ir á cualquiera parte. Y de este modo marchó por fin la cruzada sin interrupción hasta el término de su viaje.

#### CONQUISTA DE JERUSALEN

Aquí aguardaba á los peregrinos otro grave peligro, porque precisamente por entonces se había apoderado de Jerusalén un nuevo enemigo. El lector recordará que los fatimitas egipcios hacia ya tiempo que se habían hecho dueños de casi toda la Siria, y á la vez también de la ciudad santa, de donde habían sido arrojados por los seldyucidas durante el último decenio. En atención á esto, los cruzados, ya durante el sitio de Nicea, concibieron el pensamiento, que mas claramente que cualquier otro movimiento permite conocer hasta qué punto eran accesibles al cálculo prudente en lo temporal aquellas gentes, tan exaltadas en lo místico, concibieron el pensamiento, decimos, de aliarse con los fatimitas, y por lo tanto con los execrados mahometanos, para luchar contra el comun enemigo los seldyucidas. A consecuencia de esto fueron enviados algunos caballeros al Cairo en junio de 1097, y llegaron al campamento cristiano delante de Antioquia embajadores egipcios. La proyectada alianza, sin embargo, maduró tan poco, que los fatimitas, en quienes era pública la opinión de que los seldyucidas y cruzados estaban completamente debilitados por efecto de sus rudas luchas, se atrevieron á dar un ataque á Jerusalén por su propia cuenta y riesgo. Dicho ataque fué coronado por el éxito, y el visir Alafdhah, que llevaba las riendas del gobierno en el Cairo en nombre del débil califa Mostali, mandó entonces á decir á los cristianos que podían visitar la ciudad santa, pero solo en pequeños y desarmados grupos.

Naturalmente, esto no causó espanto al ejército cruzado. Ciertamente su número se había reducido extraordinariamente, porque después de todas las pérdidas ocasionadas por las batallas y enfermedades, y después de las considerables fuerzas que quedaban en el Norte de Siria, no habían salido de Irkah, en dirección al Sur, sino unos 20,000 hombres. Pero el entusiasmo suplía lo que faltaba al número, y la fuerza de resistencia de los enemigos estaba profundamente quebrantada, merced á la derrota de Kerbogha. La marcha se efectuó á lo largo de la costa, pasando por cerca de las populosas ciudades de Beirut, Sidon, Tiro y Akkon, cuyas guarniciones mahometanas no arriesgaron ninguna lucha, y algunas hasta prestaron socorros á los peregrinos. Estos se fueron apartando poco á poco de la costa, marcharon á Ramle y se fueron internando

en el país. Cuando solo faltaba un corto trecho para llegar á Jerusalén, se desordenó todo el ejército. Arrastrados por ardentísima piedad se precipitaron impetuosamente; y cuando por fin (el 7 de junio) aparecieron ante sus ojos los muros y torres de la ciudad santa, se postraron de rodillas, é hicieron oración al Señor, que los había guiado hasta allí.

Roberto de Normandía y Roberto de Flandes acamparon al Norte de la ciudad: por el Oeste tomaron posiciones Tancredo, Godofredo y últimamente Raimundo, cuyas tropas rodeaban también el lado del Sur. El Este, donde se levanta el monte de las Olivas, quedó sin sitiarse. Al cabo de algunos días intentaron dar un asalto á la ciudad, sin hacer antes ningún género de preparativos, solo apoyados en la entusiasta determinación del ejército. Fracasó este ataque, y se vieron precisados á poner un sitio en regla, el cual ofreció al principio grandes dificultades, porque en los alrededores de Jerusalén no había ni suficiente agua, ni comestibles, ni madera para construir máquinas de sitio. Veíanse ya en la mayor necesidad, cuando afortunadamente entraron en el puerto de Joppe (hoy Jaffa) unos barcos genoveses, y prestaron oportunísimo auxilio á los peregrinos con sus provisiones de pan, vino é instrumentos para las obras. Asimismo lograron poco á poco llevar desde grandes distancias la madera de construcción, necesaria para hacer escalas de asalto y dos grandes torres móviles. Cuando éstas estuvieron casi terminadas, todo el ejército, á ruegos de un sacerdote provenzal, á quien el obispo Adhemar había dado en sueños la orden, dispuso una gran procesión alrededor de Jerusalén, con pies desnudos, pero bien armados, á fin de purificarse de los pecados con la penitencia y las oraciones, y para impetrar la gracia del Señor en la conquista de la ciudad santa.

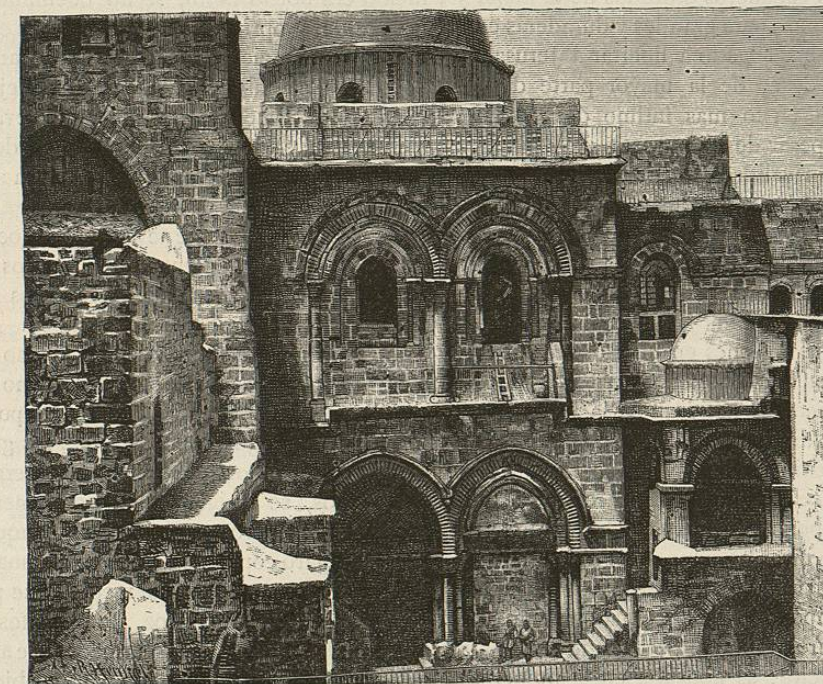
Una de las torres de sitio fué llevada á la parte Norte de la fortaleza por las fuerzas reunidas de los normandos, loreneses y flamencos el 8 de julio. Pero como por este lado los muros estaban en buen estado de conservación, al día siguiente la transportaron al lado del Oriente. Los provenzales, contrariados por las dificultades del terreno, pudieron llevar la otra torre, por el lado del Oeste, cuatro días después. Desde la madrugada del 14 de julio se trabó una lucha encarnizada por uno y otro ejército, y al día siguiente, según se presentaba por ambas partes, debía decidirse en uno ú otro sentido. Así continuaron peleando el 15 de julio, hasta que por la tarde, á la misma hora «en que Jesucristo había consumado su pasión,» lograron echar el puente levadizo desde la torre colocada al Este. Godofredo y su hermano Eustaquio fueron de los primeros que se hallaron sobre los muros enemigos (1). Al mismo tiempo se precipitaron con impetu en la ciudad Tancredo y Roberto de Normandía por una brecha practicada últimamente, y no mucho después consiguieron también por su parte el mismo objeto los provenzales, animados por la aparición de un caballero, resplandeciente de luz, en la cima del monte Olivete. Con el mas vehemente deseo de matanza vengaron los príncipes y caballeros las necesidades y peligros que habían pasado: «hasta las rodillas de los caballeros y hasta las bridas de los caballos» creció el montón de los cadáveres y corrió á torrentes la sangre de los vencidos. La codicia lo removió todo para encontrar tesoros, y especialmente Tancredo, que andaba presuroso en todas direcciones «en busca de oro y plata, caballos y mulos, y casas llenas de toda clase de bienes.»

De este modo se llegó al fin deseado. La profanación de Jerusalén quedó interrumpida y la cruz triunfó sobre el

(1) Véase Rohricht. Memorias para la Historia de las Cruzadas, II, 37; Hagenmeyer, Pedro el Ermitaño, pág. 256, dice que fué tomada la ciudad á las 9 de la mañana.

islamismo. Pero pronto surgió una lamentable escisión entre los vencedores, la cual, ya antes de la entrada en la ciudad, había amenazado desunirlos. Los clérigos que había en el ejército, pretendían que no mandase en Jerusalén un señor del orden civil, sino un Patriarca, y que á la vez se estableciese allí un nuevo Estado de la Iglesia: á esto se opusieron los príncipes por mas que aun no estaba decidido quién debía ser el soberano de la Ciudad Santa. El mas rico entre ellos, y que tenía á sus órdenes el ejército mas fuerte, era el conde Raimundo. Ofrecióle la corona; pero él declinó tan alto honor, fuera porque realmente tuviese miedo «de llevar una corona terrenal en aquellos lugares,» fuera porque no estuviera seguro de sus propias tropas que tantas veces se

habían amotinado contra él. Por fin los príncipes resolvieron elevar al trono al duque de Lorena (1). Sin embargo, á lo que parece, no le nombraron rey de Jerusalén, sino protector y defensor del Santo Sepulcro: el duque mismo pidió con humildad el título mas modesto. De este modo fué proclamado Godofredo de Bullon el primer soberano cristiano de la Jerusalén libertada en 22 de julio de 1099, consiguiendo por este medio un puesto, que hizo su gloria inmortal. Entonces tuvieron origen las leyendas sobre la milagrosa genealogía del duque, sobre sus primeras heroicidades en Alemania é Italia, y sobre su generalato en jefe de los cruzados, á quienes por mandato de Dios condujo al mas feliz término de sus deseos al través del hambre y de la muerte.



Fachada de la iglesia del Santo Sepulcro

Los contemporáneos nunca creyeron hacer bastante celebrando las glorias del varón felicísimo que podía mandar como príncipe allí donde «estuvieron los pies de Jesucristo,» y los trovadores cantaron lo que los ánimos exaltados inventaban, como sucedió respecto de Pedro de Amiens; y de las canciones de los trovadores pasó esta tradición á las crónicas de los historiadores que han merecido crédito hasta en nuestros días.

Sin embargo, apenas había subido Godofredo al trono del que había de ser reino de Jerusalén, cuando se vió amenazado en él con un violento ataque, pues á la sazón llegó á Siria el visir egipcio Alafdhah al frente de un poderoso ejército, con el objeto de arrancar de nuevo á los cristianos su rico botín.

Llevaba consigo 20,000 hombres, probablemente etíopes, bien armados, á los cuales añadió en la ciudad marítima de Ascalon, numerosas hordas salvajes y algunos grupos de seldyucidas errantes. Fué una felicidad para los cristianos, el que esto sucediera, antes que sus ejércitos se hubieran marchado cada uno por su lado después de la toma de Jerusalén. También eran los mahometanos muy superiores en número y en la calidad de los preparativos; pero sus adversarios podían contar confiados, con que, después de los resultados hasta entonces obtenidos, no les faltaría el último y definitivo. El 12 de agosto llevó Godofredo á los suyos al

combate, delante de las puertas de Ascalon. El ejército enemigo fué completamente aniquilado después de una encarnizada lucha; su campamento saqueado, y Alafdhah obligado á huir por mar. La misma Ascalon hubiera sido inmediatamente tomada, pues Raimundo había ya entablado ventajosas negociaciones con la guarnición, si Godofredo, que no quería entregar la ciudad á Raimundo, no hubiera causado un aplazamiento, y al fin por este medio el fracaso de las negociaciones. Pero aunque la importante ciudad quedó en poder de los egipcios, los fatimitas, lo mismo que los seldyucidas, siguieron por mucho tiempo sin poder hacer daño á causa de la dura lección que acababan de recibir. La conquista de Jerusalén quedó asegurada; la primera cruzada había logrado su fin en lo esencial.

#### CAPITULO III

LOS NORMANDOS Y LOS GRIEGOS DESDE 1099 HASTA 1119 (2).

LOS CRUZADOS Y EL EMPERADOR ALEJO DESDE 1099 HASTA 1101

La primera cruzada, como hemos visto, costó muy cara á

(1) Antes de dirigirse á Godofredo, se dice que los príncipes ofrecieron la corona al duque Roberto de Normandía, pero también de este obtuvieron una respuesta evasiva. Sin embargo, este relato no tiene el suficiente fundamento para que se le pueda dar plena fe.

(2) Wilken, Historia de las Cruzadas, tomo II y demás obras ya cita-



la cristiandad. Muchos centenares de miles de hombres murieron, é innumerables sumas de dinero y bienes se consumieron en los años 1096 hasta 1099. Pero aunque fueron grandes los sacrificios que casi toda la población de Europa había hecho, no se puede decir que no correspondieron á los esfuerzos hechos, los resultados á la sazón obtenidos. Por un lado lograron los bizantinos volver á apoderarse de la fuerte Nicea, rival de Constantinopla, después consiguieron poner bajo su dominación una tercera parte del Asia Menor, y por este medio adquirieron de nuevo el punto de apoyo de que hacía tiempo estaban privados, para asegurar su existencia política. Por otro lado los normandos habían conquistado con feliz suerte á Antioquía y sus alrededores, aquella ciudad y aquel territorio de Siria que podían servir en lo sucesivo para ellos y para todos los caballeros cruzados de la mejor y mas firme base de operaciones para grandes y duraderas conquistas, y finalmente se había llegado á libertar á Jerusalén, objetivo que el piadoso deseo de la mayor parte de los peregrinos había acariciado en lo mas íntimo del corazón. Todo esto se consiguió á pesar de los errores de la política bizantina, á pesar de las rivalidades de algunos príncipes cruzados y á pesar de todos los absurdos á que daban margen las tendencias místicas de las masas del ejército. Por consiguiente ¿no debía presentarse á la sazón mas halagüeño el porvenir del Oriente cristiano después de tales victorias?

En efecto, la perspectiva no podía ser mas favorable. El emperador Alejo tenía á sus órdenes en el año 1099 mayores fuerzas militares que en tiempos anteriores, y su tan poderoso enemigo de otros tiempos Kilidsh Arslan, que no era ya señor de Nicea, sino solamente sultan de Iconio, difícilmente hubiera podido resistir por largo tiempo los ataques de los bizantinos, si estos se hubieran dirigido contra él con energía y constancia. Se podía esperar en Constantinopla, poseer en breve plazo y vivificar de nuevo toda el Asia Menor, recuperar las antiguas fronteras armenias, y alejar para siempre del interior del imperio el peligro mahometano. Lo mismo estaban las cosas en Antioquía: Boemundo tenía para su defensa un fuerte ejército; se apoyaba en la numerosa población cristiana, especialmente armenia del Norte de Siria, y podía contar casi seguramente con el concurso de nuevas tropas procedentes de Europa. En estas circunstancias no era demasiado atrevido el proyectar la sumisión de la Siria septentrional hasta la Mesopotamia, y de los territorios de la costa de la Palestina; y si en tal caso también Godofredo y Balduino procuraban ensanchar en lo posible sus dominios de Jerusalén y Edesa, se podía pensar seriamente en la fundación de un grande y poderoso reino de los cruzados en Antioquía.

Pero si el Asia Menor y la Siria habían sido reconquistadas de este modo para la cristiandad, griega y romana, también era preciso para conservarlas que terminasen para siempre las faltas y locuras, que en tan gran número se habían cometido hasta entonces por una y otra parte; y ante todo era necesario que el emperador Alejo se convenciese de que no dependía el bienestar de su imperio de la sumisión de los normandos, dueños de la bella y lejana Antioquía, sino de la expulsión de los seldyucidas de la cercana Frigia. En este asunto vino á ser fatal para la suerte de la cristiandad entera, el que el orgulloso príncipe Comneno ni aun entonces renunciase á parte alguna que anteriormente hubiese pertenecido al territorio bizantino, y que por esta razón concediese de buen grado reposo á los seldyucidas, con el único

das. Además el tratado de Sybel sobre el reino de Jerusalén, impreso en la Revista para la ciencia histórica, Berlín 1845. Tomo III. Kugler, Boemundo y Tancredo, príncipes de Antioquía, Tubinga 1862.

objeto de quitar definitivamente sus conquistas á los aborrecidos normandos. En la primavera de 1099 mandó un ejército y una escuadra contra Antioquía, con lo cual dió principio la larga serie de funestas guerras entre bizantinos y cruzados. El ejército de tierra penetró en la Cilicia, pero encontró allí insuperable resistencia por parte de los aliados armenios y normandos, por cuya razón tuvo que contentarse con hacerse dueño de la ciudad y territorio de Marasch, después de haber dirigido la marcha hácia el Nordeste. La escuadra consiguió un insignificante resultado en la costa siria. En este punto había caído en poder del duque Roberto de Normandía, durante el sitio de Antioquía, y sido ocupada por tropas de este príncipe la importante plaza marítima de Laodicea, habitada principalmente por griegos. La guarnición era por lo tanto, si no boemundiana, por lo menos normanda, y oprimía á los ciudadanos con crecidos impuestos; motivo suficiente para que se mostraran hostiles á los normandos y favorables al almirante de Alejo; así es que, cuando la escuadra comenzó el bloqueo, se levantaron en masa sus habitantes; y alegres por la llegada de sus compatriotas, echaron fuera la guarnición y abrieron las puertas á la escuadra.

Pero inmediatamente se presentó Boemundo ante la ciudad, para vengar la ofensa inferida á los normandos, y atender á su propia utilidad con los nuevos refuerzos que había recibido.

En efecto, en la primavera del mismo año se había hecho á la vela por excitación del papa Urbano una poderosa escuadra de pisanos al mando de su arzobispo Dagoberto, los cuales, sea por antigua enemistad con los griegos, sea que estuviesen exasperados por la nueva guerra entre estos y los normandos, se dirigieron inmediatamente contra las islas Jónicas, que fueron completamente saqueadas. Al saber esto Alejo, preparó con la mayor celeridad una nueva armada bien pertrechada, con todos los medios que poseía el arte de la guerra entre los bizantinos. Los pisanos sufrieron mucho á causa de la batalla y de las tormentas de alta mar, pero á pesar de esto, consiguieron por completo su objeto principal, desembarcando todavía con grandes fuerzas en Siria y precisamente en Laodicea. Boemundo los decidió á que tomasen parte en el sitio de la ciudad, y al poco tiempo el puerto con sus fortificaciones cayeron en poder de los aliados.

La escuadra griega siguió hasta Chipre, que pertenecía al emperador Alejo, pues se consideraba con pocas fuerzas para intentar el levantamiento del sitio. Pero entonces llegó por otra parte un inesperado auxilio á los sitiados.

En efecto, á la sazón no solo habían conquistado á Jerusalén y ganado la batalla de Ascalon, sino que los príncipes y caballeros, que habían combatido en el remoto Sur, visitado los Santos Lugares, bañándose en el Jordán según antigua costumbre de los peregrinos y cortado palmas, llegaron á convencerse de que habían cumplido su voto de cruzados en todas sus partes, y, puesto que no querían quedarse de un modo permanente en Siria, pensaban regresar á Europa. La mayor parte de ellos, los dos Robertos, Raimundo de Tolosa y Eustaquio de Bolonia, con unos 20,000 hombres se dirigieron en seguida por toda la costa de Siria hácia el Norte, y llegaron á dos jornadas de distancia de Laodicea. Los atribulados habitantes de la ciudad, que supieron su llegada, les enviaron apresuradamente una respetuosa embajada. Entre los príncipes excitóse al punto la antigua rivalidad contra Boemundo, de tal modo, que en vez de ayudar á su compañero, determinaron obligarle á hacer la paz. Amenazaba ya estallar la lucha de los peregrinos entre sí, cuando se presentó entre los partidos contendientes el arzobispo Dagoberto y logró que se reconciasen, por lo menos aparente-

mente. Los laodiceos fueron reconocidos como súbditos del emperador; el conde Raimundo, amigo de este, tomó posesión de los fuertes de la ciudad con un pequeño destacamento de tropas que quedó con él; pero los demás peregrinos, altos y bajos, cuantos habían llegado allí de Jerusalén, se embarcaron en el puerto de Laodicea (setiembre de 1099) y regresaron á su patria.

Por consiguiente la política bizantina consiguió entonces algunas ventajas sobre los normandos; pero eran pobre resultado de poderosos esfuerzos, resultado tanto mas mezquino, cuanto que no se había obtenido exclusivamente con fuerzas propias, sino con el auxilio de una parte de los mismos cruzados. De aquí podía colegirse que las fuerzas disponibles del emperador Alejo no habían de bastar para aquella guerra que mas adelante fué preciso hacer en lejanas regiones con un enemigo hábil y fuerte, y que habían de emplearse inútilmente. En la época posterior consiguieron los bizantinos, es verdad, ocupar dos plazas marítimas en la Cilicia occidental, pero la situación no cambió por esto en lo esencial; así es que el conde Raimundo abandonó definitivamente la Siria (á principios del año 1100), y regresó á Constantinopla, evidentemente porque había perdido toda esperanza no solo de obtener mayores resultados con los medios de que disponían por el momento él y sus amigos los bizantinos, sino también y sobre todo de poder fundar un principado provenzal.

Por esto Boemundo se vió por el momento en la feliz situación, de poder dirigir sus fuerzas á otros puntos. En el otoño siguiente de 1099 anunció al conde Balduino de Edesa que deseaba á la sazón, después que la Ciudad Santa había caído en poder de los cristianos, cumplir personalmente su voto, y dar gracias al cielo por tan grande conquista sobre el sepulcro del Salvador. Balduino estaba dispuesto á tomar parte en la expedición, lo mismo que Dagoberto con sus pisanos; así es que en noviembre del año 1099 se reunió un ejército de 25,000 hombres para dirigirse á Jerusalén siguiendo la costa siria del Sur. La gran fuerza de este ejército es una prueba del poder que tenía el príncipe de Antioquía en aquel tiempo, pues la mayor parte de aquellas tropas no eran ni edesanos ni pisanos, sino normandos, y, como es natural, aun quedaba suficiente número de ellas en la Siria del Norte, para no dejar indefenso este territorio de los ataques que pudieran intentar los seldyucidas ó los bizantinos.

Por el contrario, en Palestina había á la sazón muy pocas fuerzas disponibles; porque Jerusalén y su comarca habían padecido mucho, especialmente por las guerras de los últimos años entre los fatimitas, seldyucidas y cruzados. Los pueblos estaban en gran parte arruinados, sus habitantes mahometanos habían sido muertos ó expulsados, los cristianos allí domiciliados eran escasos en número y pobres en dinero y bienes. El duque Godofredo, desde que los Robertos, Raimundo y Eustaquio le abandonaron, tenía á lo sumo 200 caballeros y unos 2,000 infantes á sus órdenes; y con seguridad solo podía contar con algo mas de la mitad de este pequeño ejército, porque ochenta de aquellos caballeros, con sus correspondientes compañías de escuderos, formaban la escolta de Tancredo, el único príncipe, que además del «Protector del Santo Sepulcro» había quedado en Palestina. Los dos señores, Godofredo y Tancredo, se esforzaban celosamente por extender mas y mas el poder de los cristianos en la Tierra Santa, pero, naturalmente, con tan escasos medios solo obtenían modestos resultados. El duque sitió en el otoño de 1099 la plaza fuerte de Arsuf, situada al Norte, en las inmediaciones de Joppe (hoy Jaffa). La guarnición de aquella ató á un caballero cristiano llamado Gerardo de

Avesnes, que estaba en su poder, á un madero y le colocó sobre la muralla. Los cruzados no se intimidaron por esto. El caballero cayó gravemente herido por los proyectiles lanzados por los sitiadores, pero según se cuenta, salió con vida, y se volvió á encontrar después con sus compatriotas. Después de la caída de Gerardo intentaron los cristianos asaltar la ciudad, pero fueron rechazados, y tuvieron que volverse sin conseguir nada en definitiva. Tancredo se trasladó en esta época al Norte de Palestina, hácia Tiberiade, donde se estableció y se apoderó de las riquezas de los damascenos y de los pequeños emires de los alrededores. Godofredo le nombró príncipe de Galilea, y le designó con esto como vasallo del reino de Jerusalén que se estaba formando; sin embargo, podía aun parecer dudoso si Tancredo se consideraba mas íntimamente unido con sus paisanos de Antioquía, que con los loreneses de la Ciudad Santa.

Tal era la situación de la cristiandad en el extremo Sur, cuando Boemundo, Balduino y Dagoberto llegaron á las puertas de Jerusalén el 21 de diciembre de 1099. Cumplieron inmediatamente con su voto de cruzados orando en los Santos Lugares, y se ocuparon después en un asunto realmente eclesiástico, pero al mismo tiempo importantísimo para el duque Godofredo, pues apenas había sido elegido este «Defensor del Santo Sepulcro», cuando los peregrinos á la sazón reunidos en Jerusalén nombraron también un Patriarca en dicha ciudad. Este fué Arnulfo, antiguo capellán del duque Roberto de Normandía, hombre de oscuro nacimiento, pero activo y hábil, el cual además había tenido la dicha de encontrar, poco después de haber tomado posesión de su dignidad, la reliquia de la Santa Cruz, esto es, un pedazo de madera de la Cruz en la cual había sido crucificado el Salvador. Pero le faltaba aun el reconocimiento de su dignidad por parte del Papa; y aun cuando el arzobispo Dagoberto hubiera podido suplir esta falta, pues era el legado de Urbano II, después del fallecimiento del obispo Adhemar de Puy ocurrido en el año anterior, sucedió precisamente lo contrario de lo que Arnulfo podía esperar; pues Boemundo, según parece, manifestó el deseo de que se nombrase patriarca de Jerusalén á un hombre importante é influyente, con lo cual Godofredo quedaba en posición inferior á la de su compañero.

En el mismo sentido se agitaban también las pretensiones del clero, el cual desde un principio había pedido que no hubiese en la Ciudad Santa soberano temporal y si solo espiritual. Por fin, á Dagoberto, que era un prelado inteligente y ambicioso, le debió parecer muy halagüeño para el logro de sus aspiraciones, el adquirir un poder en los Santos Lugares tal como el que tenía el Papa en la ciudad y territorio de Roma. Todo esto influyó poderosamente en que Arnulfo se viese precisado á renunciar su dignidad, lo cual verificó sin resistencia, y en que poco después Dagoberto fuese elegido solemnemente Patriarca de Jerusalén. Desde esta fecha se extendió la influencia de Boemundo hasta dentro de los muros de la Ciudad Santa.

Comenzó el año 1100 bajo favorables auspicios para los normandos y para los cruzados sobre todo; pues el príncipe de Antioquía, si bien era en efecto egoísta é intrigante como cualquiera de sus paisanos, era también prudente y valiente. Merced á sus facultades y á los resultados que alcanzara, oscureció á todos los compañeros de su categoría que se hallaban entre los peregrinos. El porvenir de la Siria cristiana descansaba principalmente sobre sus hombros, y todo aumento de poder que consiguiese era desde luego una ventaja para la causa de la cristiandad en general.

Pero precisamente este año, que tan favorablemente principiaba, había de traer duras pruebas sobre Boemundo y su